

## Relación del viaje y visita del padre provincial del Paraguay Vázquez Trujillo a las reducciones del Paraná y Uruguay dirigida al general Vitelleschi (1629)

Report of the trip and visit of the Provincial Father of Paraguay Vázquez Trujillo to the reductions of Paraná and Uruguay addressed to General Vitelleschi (1629)

Carlos A. Page\* <https://orcid.org/0000-0003-4708-5243>

**Resumen:** Damos a conocer en esta presentación una carta enviada al general en Roma por el provincial del Paraguay Francisco Vázquez Trujillo que hace mención específica sobre una visita que realizó a los pueblos de las regiones del Paraná y el Uruguay en 1629. No son muchos los testimonios de este tipo de visitas y la intención primaria que tuvimos fue demostrar el tipo de recibimiento festivo que se realizaban en estos sitios, aunque por la variedad de información que contiene podría ser un complemento a la Carta Anua de su periodo de gobierno que se encuentra trunca justamente al momento de describir las reducciones.

**Palabras clave:** visitas; recibimientos; reducciones del Paraná; reducciones del Uruguay; Francisco Vázquez Trujillo.

**Abstract:** In this presentation we present a letter sent to the General in Rome by the Provincial of Paraguay, Francisco Vázquez Trujillo, which makes specific mention of a visit he made to the villages of the Paraná and Uruguay regions in 1629. There are not many testimonies of this type of visit and our primary intention was to show the type of festive reception that took place in these places, although due to the variety of information it contains, it could be a complement to the Carta Anua of his period of government, which is truncated just at the moment of describing the reductions.

---

\* CIECS-CONICET/UNC. E.mail: [capage1@hotmail.com](mailto:capage1@hotmail.com)

**Keywords:** visits; receptions; reducciones del Paraná; reducciones del Uruguay; Francisco Vázquez Trujillo.

**Recibido:** 10-01-2022. **Aceptado:** 22-02-2023. **Publicado:** 30-03-2023

**Carlos A. Page** es Arquitecto y Doctor en Historia, con estudios posdoctorales en el CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España) y en el CNR (Consiglio Nazionale delle Ricerche de Italia). Investigador del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina). Profesor de posgrado en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Misiones. Miembro del Comité Científico del SIEJ (Société Internationale d'Études Jésuites, París). Dirige el programa "Antiguos Jesuitas en Iberoamérica" (CIECS/CONICET-UNC). Fundador-Director de la revista científica "IHS. Antiguos jesuitas en Iberoamérica". Publicó alrededor de trescientos artículos en revistas científicas y de divulgación en Iberoamérica, Estados Unidos y Europa. A ellas se suman más de treinta libros. Sitio web <http://www.carlospage.com.ar/>

**Cómo citar:** Page, C. A. (2023). Relación del viaje y visita del padre provincial del Paraguay Vázquez Trujillo a las reducciones del Paraná y Uruguay dirigida al general Vitelleschi (1629). *IHS. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, 11, 1-17. DOI: <https://doi.org/10.31057/2314.3908.v11.40825>



Obra protegida bajo Licencia Creative Commons Atribución: No Comercial / Compartir Igual (by-nc-sa)

<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ihs/index>

## Introducción

Seleccionando material sobre las visitas que hacían distintos personajes a las reducciones, desde misioneros y superiores además de autoridades civiles y eclesiásticas<sup>1</sup>, encontramos una interesante relación del provincial Vázquez Trujillo de su primera visita a los poblados, de dos que hizo, en el año 1629 y justamente el recibimiento que tuvo en ellos, aunque el documento contiene una diversidad de temas que incluyen toponimia, como nombres de caciques, parcialidades indígenas y hasta podría complementar su Anua, extraviada en parte (Leonhardt, 1929, 386-438)<sup>2</sup>.

Este manuscrito, de segunda vía, lo hallamos en el archivo de los jesuitas en Roma<sup>3</sup>, aunque el P. Pastells lo publicó segmentado (1912, I, 442-450), como hizo en toda esa inmensa labor en el Archivo de Indias cuyas fichas originales, que tuvimos oportunidad de conocer en la residencia de Granada, solo fueron publicadas una parte del material que recolectó. Enhorabuena publicado, pues hemos verificado que algunos documentos que él seleccionó y transcribió, ya no se encuentran en el prestigioso archivo.

Las visitas esporádicas de un provincial e incluso de otros funcionarios era motivo suficiente para convertirla en una ocasión festiva. Se experimentaba una alteración en el orden y la vida cotidiana del poblado, que se transformaba no solo en sus calles y edificios sino también en sus habitantes. Es cuando aparece la ceremonia de recepción con un marcado simbolismo religioso como a su vez una afirmación del poder que ejercían los visitantes. Con ello se ponía en marcha una rígida maquinaria protocolaria que abarcaba la entrada, estadía y partida.

Visitar toda la extensa provincia no era tarea fácil y demandaba alrededor de dos años en carretas que transitaban por malos caminos y grandes regiones despobladas, teniendo que llevar lo necesario para atravesar caudalosos ríos, como lo explicó el P. Torres en una Anua (Leonhardt, 1927, 3-7)<sup>4</sup>. Pero como escribe en este texto Vázquez Trujillo, el esfuerzo tiene su recompensa.

El P. Cardiel trata sobre la visita de los provinciales, expresando que debían hacerlo cada dos años en su trienio de mandato, observando los libros de cuentas, la: “asistencia de los indios en su comida y vestido, el aumento o disminución en el ganado mayor y menor, las deudas que tiene, las fábricas de las casas, la destreza de los indios en las armas para el servicio del Rey” (Furlong, 1953, 131), además de la vida religiosa y ministerios de los sacerdotes y coadjutores, aunque el mayor trabajo del provincial eran los bautismos, muchas veces masivos. Durante la visita se realizaban reuniones con los misioneros en conjunto. En estas “juntas”, escribe Cardiel: “se leen y explican las Reglas de nuestro Instituto y Ordenes de los Generales y Provinciales y visitantes acerca del gobierno religioso y del político, eclesiástico y militar de los indios del que hay un cumplido libro”<sup>5</sup>, además se plantean dudas

---

<sup>1</sup> Ver nuestro trabajo “Recepciones en los poblados guaraní tutelados por jesuitas: La cultura barroca en prácticas rituales y efímeras”. *Montalbán*, 61, ene-jul 2023.

<sup>2</sup> Carta Anua del P. Vázquez Trujillo 1631.

<sup>3</sup> ARSI, Paraq. 11, Hist. Tomo 1, 1600-1695, ff. 227-231.

<sup>4</sup> Carta Anua del P. Diego de Torres 15/5/1609.

<sup>5</sup> Creemos que uno de estos libros es el que se encuentra en la BNE, ms 6976, donde se han copiado una serie de cartas que incluyen preceptos y órdenes para las misiones, desde una carta de Aquaviva a Oñate hasta una

que pudieran existir (Furlong, 1953, 132). Luego el provincial dejaba instrucciones o memoriales particulares para el mejoramiento del sitio que verificaba el superior en su visita semestral a los poblados.

Del P. Francisco Vázquez Trujillo diremos brevemente que nació en Trujillo en la provincia de Cáceres en 1571, ingresando a la Compañía de Jesús del Perú en 1588, para pasar a Chile en 1607. Al año siguiente profesó su cuarto voto en Santiago. Fue procurador por el Paraguay a Europa entre 1620 y 1622 y luego provincial, entre 1628 y 1634, falleciendo en Córdoba en 1652 (Storni, 1980, 298)<sup>6</sup>. Gobernó durante un tiempo difícil para las reducciones ya que solo quedaban en el Guaira las de Loreto y San Ignacio que finalmente y por orden suya fueron evacuadas por el P. Antonio Ruiz de Montoya ante los continuos ataques de los bandeirantes, redactando un extenso informe de aquellos sucesos, escrito en 1631 y recién publicado en 1892.

Como dijimos, visitó las reducciones del Paraná y Uruguay que describe someramente Del Techo (2005, 557-558). Mientras que en la Carta Anua que corresponde a su periodo de gobierno (1628-1631) no dejó testimonio de esta visita, y si lo hizo, podría encontrarse en la parte extraviada de la misma. Sin embargo, escribió esta extensa “*Relación del viaje y visita*”, firmada en Itapúa, 30 de octubre de 1629 y dirigida al general Mucio Vitelleschi.

A comienzos del año 1629 Vázquez Trujillo comenzó con su provincialato que duró excepcionalmente cinco años, tiempo en que ocurrieron diversos sucesos favorables y adversos. Once poblados del Guaira fueron destruidos por las bandeiras paulistas, como también lo fue la de Acaray del Paraná, mientras Yguasú fue trasladada y en general los indígenas diezmados por una peste. Gobernaba Luis Céspedes García Xería, acá mencionado con discreción pues no era muy amigo de los jesuitas ni de las reducciones. El mandatario había sido designado por su experiencia militar a los fines de lidiar con las incursiones bandeirantes. Aunque antes de llegar a Asunción y de paso por Brasil contrajo matrimonio con una portuguesa, lo que fue motivo de sospecha ante su inacción frente a las bandeiras, siendo destituido, procesado y condenado en la Audiencia de Charcas.

Pero dentro de los sucesos positivos mencionemos que se reedificó la reducción del Caaró en el Uruguay, cercana a Caibaté, donde murió el muy querido P. Roque y sus compañeros, presente continuamente en el texto ya que no había pasado un año de su deceso<sup>7</sup>. Se fundaron los poblados de Caasapaguasú, Caapí, San Javier y la Asunción, además de ocho poblaciones en el Tape y dos en el Itatín. Vázquez Trujillo fue reemplazado en la provincia por el P. Diego de Boroa y volvió como rector al colegio Máximo de Córdoba (Del Techo, 2005, 559-560).

---

serie de órdenes comunes para toda la provincia del P. Barreda de 1754, donde termina el interesante manuscrito de 312 páginas. Recientemente ha sido publicado por el P. José Luis Narvaja SJ.

<sup>6</sup> Es mencionado varias veces en la obra de Del Techo y su obituario se encuentra en la Anua que en 1653 firma Francisco Vásquez de la Mota (Salinas, 2008, 67-69), mientras que en el siglo XIX le dedicó unas páginas el P. Torres Saldamando (1882, 257-258) y una corta biografía actualizada en Baptista y Storni (2001, IV, 3.915).

<sup>7</sup> También Vázquez Trujillo escribió al general Vitelleschi sobre este martirio, el 21 de diciembre de 1629: “Relación de la gloriosa muerte de los santos Padres Roque González, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo y lo sucedido en esta (ARSI, Paraq. 11, Hist. Tom. 1, 1600-1695, ff. 180-189).

El viaje a los poblados que duró tres meses lo hizo junto con el H. Gonzalo de Alcaraz<sup>8</sup> y acompañado en gran parte del trayecto por el P. Pedro Romero, que al poco tiempo será designado superior de guaraníes. Prefirió comentar estos sucesos al general por separado de la Anua, como él mismo lo escribe. Su recorrido entonces fue por los poblados del Paraná y los del Uruguay, partiendo del colegio de Asunción el día siguiente de la fiesta de san Ignacio. Celebración que con la asistencia del gobernador y el representante eclesiástico parece tuvo ocasión de renovar vínculos favorables. Cargado de objetos de regalo, como era costumbre, su primer destino y luego de poco más de doscientos kilómetros y varios días de camino, fue justamente San Ignacio Guasú, donde lo recibieron con “muestras de extraordinaria alegría”, es decir con música y danzas. Bienvenidas que se repitieron en todos los poblados, aunque aclara que fue más en los “antiguos” ya que la mayoría estaban en formación.

Siguió su camino hasta Encarnación de Itapúa, presidida por el cacique Tabacambí que lo acompañó a varios sitios, desde donde remontó el Paraná hasta la otra banda del río, arribando a Corpus Christi, cuyos habitantes se encontraban atravesando varias enfermedades, por lo que se pretendió trasladar el poblado a una legua y media, como lo hizo el P. Pedro Álvarez. De allí fue a Natividad de la Santísima Virgen de Acaray de los caaiguáes donde residía el P. Juan de Porras y luego a Santa María la Mayor en el Yguasú, donde envió al P. Romero a que encontrara un camino para unir ambos poblados, como lo hizo efectivamente.

Hasta aquí había recorrido más de seiscientos kilómetros, regresando hasta cerca de la banda opuesta de Encarnación, en el sitio que llamó puerto de Santa Cruz en memoria del P. Roque González quien transitó por ese sitio para pasar al Uruguay. De tal manera que la primera reducción fue la de Concepción donde habitaba el cacique Nenguirú que acompañó al provincial hasta Yapeyú más de doscientos kilómetros y donde lo recibió el P. Andrés de la Rúa.

Regresó nuevamente por el Uruguay, desviándose por tierra hasta el poblado de San Nicolás y luego directo al Caaró, donde antes de llegar con varios caciques y un centenar de indígenas, lo esperaban trece caciques con su gente desarmada, pero con chirimías que con su música acompañaron la delegación. A la entrada del pueblo los recibieron dos hileras de hombres, mujeres y niños que los acompañaron a la cruz de la plaza de casi quince metros de alto, que había comenzado a tallar el P. Roque cuando fue asesinado y enarboló luego el P. Romero. De allí fueron a los venerados sitios en que habían quemado y muerto a los mártires, donde el provincial hizo levantar dos cruces. Mientras tanto mantuvo varias reuniones con caciques y diversos pobladores y es cuando menciona varias veces cómo quedó “enternecido” con lo que estaba viviendo en este emblemático sitio y creemos que posiblemente esta visita haya sido la inspiración para escribir la relación sobre la muerte del P. Roque, ya mencionada, ante el profundo y sincero afecto que le tenían los indígenas y que quedó claramente expresado al provincial.

Regresó por Candelaria, siempre acompañado por caciques y una multitud de súbditos, donde como en casi todos los poblados bautizaba desde caciques hasta niños, sobre todo al cacique Payeyú que era hechicero y quiso llamarse Francisco en su honor. Junto con el

---

<sup>8</sup> El H. Alcaraz era criollo, nacido en Santa Fe en 1601, ingresando al Paraguay en 1622 y falleciendo en buenos aires en 1689 (Storni, 1980, 5).

cacique Tucán y cuatrocientos seguidores, el provincial fundó el poblado de San Francisco Javier, donde levantó una cruz de quince metros besada luego por todos.

Concluye su relato contando al general que se iba a reunir con los jesuitas de la región para hacer un balance de su visita, pero que a su vez remitía esta carta con el objeto de que tuviera conocimiento de la labor que se estaba llevando a cabo en la región y de la necesidad de contar con más obreros.

Jhs  
†  
Pax Xti

Aunque en la segunda carta de las reducciones<sup>9</sup> doy cuenta a vuestra paternidad de la disposición y sitios y número de familias de cada una, con todo he reservado para esta el referir a vuestra paternidad mi viaje y caminos de tres meses que gasté en visitar solo las reducciones de Paraná y Uruguay, porque fuera que vuestra paternidad tendrá más noticia de lo que dijere servirá de un poco de entretenimiento en lugar de anua, porque viendo los puestos tan distantes, no se han podido recoger los puestos para enviarlos este año.

Salí de la Asunción un día después de la fiesta de nuestro padre san Ignacio, donde se celebró con grandísima solemnidad, dejando las cosas de nuestras reducciones bien asentadas con el gobernador del Paraguay y en mucha amistad con él y con el gobernador del obispado, que es el canónico Mateo de Espinosa<sup>10</sup>, el que ha ayudado y llevado adelante los pleitos del señor obispo contra la Compañía, pero al presente muestra estar amigo y del todo trocado. Llegué a San Ignacio, que es la primera reducción y más cercana al Paraguay, donde me recibieron con muestras de extraordinaria alegría, con músicas, diversidad de danzas; lo cual fue general en todas las reducciones antiguas, porque las nuevas aún no han comenzado a industriarse a estas cosas. No puedo significar a vuestra paternidad las muestras de alegrías con que reciben a un provincial y cómo los padres han experimentado que los indios se ganan extraordinariamente con estas cosas exteriores, se esfuerzan en enseñarles invenciones de danzas, vistiendo los indios los más galantemente que pueden. En el Ararai y Yguasú salieron con sus turbantes y vestidos de varias plumerías (porque hay en aquellas tierras pájaros de muy lindos colores), y con esto, los padres de estos indios, que suelen ser los caciques y gente principal no caben de contento. Yo les llevé muchas cosas que repartirles porque está ya como entablado que cuando sube un provincial a visitar estas reducciones y en esta ocasión era como forzoso, para gratificar los que habían trabajado más en la guerra y confiar al afecto que había mostrado después de haberles agradecido el amor que habían mostrado a los padres, les repartía camisetas, sombreros y otras cosas que ellos estiman, con que quedaban grandísimos.

---

<sup>9</sup> No tenemos conocimiento de esta carta. Del periodo de su provincialato contamos con un catálogo público de 1631 donde enumera a 149 jesuitas (ARSI, Paraq. 4a, Catálogo Trienal 1610-1660, ff. 116-124).

<sup>10</sup> El P. Espinosa, según informa el P. Lorenzana (Page, 2018, 144), estudió dos años de teología en Lima. Fue provisor y vicario general del obispo fray Tomás de Torres quien lo designó en el gobierno eclesiástico en su reemplazo hasta que llegó fray Cristóbal de Aresti que ocupó la silla episcopal entre 1629 y 1635, periodo en el que visitó el Guairá dos veces a los fines de llevar alivio a las diezmadadas reducciones jesuíticas.

La segunda reducción fue la del Itapúa para la cual me hube de embarcar en el Paraná y subir catorce leguas río arriba, de esta y de San Ignacio solo tengo que decir a vuestra paternidad que van creciendo cada día en el afecto a nuestra santa fe y como son dos pueblos más antiguos, llenan en esto ventaja a las demás, y en respecto y reverencia a los padres, los de Itapúa con ser menos antigua que la de San Ignacio se esmera más en esto, y allí me quisieron acompañar en mi viaje los cantores y chirimías, con tanto gusto suyo que intentando dejar (227v) los algunas veces, lo sentían mucho y ha sido de grandísimo provecho para los nuevamente convertidos, porque como había tanta diversidad de danzas y hacían tan buena música en las misas el tocar de las chirimías estaban como asombrados, viendo y oyendo, cosa que jamás habían visto en tanto extremo que habiendo una danza de máscaras, se espantaban tanto los niños y levantaron tales gritos en la iglesia que no nos podíamos oír y lo mismo fue oyendo disparar algunos aunque bujillos de cañas en otra danza, los cuales se alborotaron tanto que dando gritos iban huyendo de la iglesia y fue necesario cerrarles las puertas, tanto es lo que temen al imbocha, que así llaman al arcabuz, pues una semejanza suya les causaba tanto pavor.

En la del Corpus, me lastimó el corazón de ver una reducción que menos de un año que se comenzó, era de las más lucida del Paraná, con más de 450 familias, y en un año poco más estaba tan consumida de enfermedades, que tenía pocos más de 300. Habíase tratado de mudarla a otro sitio, y por dificultades que corrían siempre lo habían dilatado. Otro día después de mi llegada fui a ver un sitio, de que me habían dado noticia contentaba a los indios, y sin citar a ninguno (sabiendo a lo que iba) fueron al pie de 200. Estaba legua y media de esta reducción fui a pie con mis compañeros y con muy buen sol, donde se ejerció la paciencia el mejor regalo que tuvimos fueron unas naranjas agrias con un poco de mal pan, de lo que por acá se usa. Vi el puesto y pareciéndome más sano y más apropiado y que los indios gustaban de él, se los señalé. El cacique principal, que se llama Peroyú<sup>11</sup>, lo agradeció tanto, que hizo un razonamiento a todos sus indios, encareciéndoles el amor que les tenía, pues había venido de tan lejas tierras a buscarles sitio, y aunque cada cual estaba haciendo su comedilla, él les estaba predicando voz en grito. Dicen que es costumbre de los caciques principales discurrir algunas noches por las calles predicando a sus indios, tomando cada uno lo que alcanza a oír, poniéndose todos en gran silencio, y que aquellas palabras tienen en gran veneración.

De aquí subí como treinta leguas el río arriba, hasta la Caráí<sup>12</sup>, y es cosa maravillosa de ver enfrenado este río tan grande del Paraná que, con tener sesenta leguas de boca abajo de Buenos Aires cuando entra en la mar, por aquí se estrecha tanto que se puede atravesar todo él mientras se rezan diez credos, pero con tantas corrientes y remolinos que pone pavor el pasar junto a ellos. Está por estas partes el río tan hundido y tan encajado entre cerros altos y montañas tan espesas y levantadas que, aunque haya grandes tormentas de vientos, no se alborotan ni levantan tormenta en tanta hondura, siendo cierto que desde el Corpus abajo, con un mediano viento que haya, no se puede navegar; y el río del guazú, que entra en este Paraná tres leguas debajo de la Caráí, tiene tan grandes remolinos, causados de un salto grande que hace el río, que es forzoso atravesar por tierra tres cuartos de legua y embarcarse

---

<sup>11</sup> Sería cacique de los inianis de este poblado.

<sup>12</sup> Así escribe Acaray, que sería la reducción de Natividad de la Santísima Virgen de Acaray, ubicada sobre el río Acaray que desemboca en el Paraná. Fue fundada por los PP. Diego de Boroa y Claudio Royer.

en otras embarcaciones para ir a la reducción del Yguasú<sup>13</sup>. Salimos por una cuesta arriba tan agria que, asidos a sogas como escaleras, que apenas nos podíamos tener, anduvimos estos tres cuartos de legua a pie, pero por un camino muy espacioso y apacible entre montañas, porque los indios le habían desmontado y limpiado muy bien. Son tan grandes las corrientes de este río Yguasú, que quiere decir Rio Grande que, con embarcarnos en este puerto a las diez del día en una balsa ligera y con veinticuatro palas reforzadas, no podían romper los indios por las corrientes y tues, que así llaman los borbollones grandes de agua que revientan en las piedras (228) grandes que están atravesadas en el río, que son a manera de salto, aunque pequeño, pero témenlos los indios por el riesgo de anegarse las canoas, y con haber más de tres leguas de este punto a la reducción, gastamos desde las diez del día hasta la una de la noche, y todo esto desanduvimos a la vuelta poco más de dos horas. Me dio extraordinario contento ver en esta reducción más de setecientos niños y niñas de doctrina, todos muy bien doctrinados y enseñados. Desde aquí envié por tierra al P. Pedro Romero<sup>14</sup>, que llevaba por compañero a la Carai con veinte indios, para que viese si se podría abrir camino por donde se pudiesen fácilmente comunicar estas dos reducciones, y halló que se puede aderezar muy bien, y que con una cabalgadura se podría comunicar en pocas horas. Será cosa de gran consuelo para la una y otra reducción, sin que tengan necesidad de embarcarse en tantos puertos.

La reducción de la Carai no está menos lucida de gente. Los niños y niñas, con el mismo número, muy bien industriados y enseñados, que mueven a dar mil gracias a nuestro santo. Aquí hallé como veinte personas infieles, que estaban en catecismo de unos indios que se llaman caaiguáes<sup>15</sup>. Son de una nación que anda siempre por los montes sustentándose de micos y frutas silvestres, tan mansos, que parecen unos corderitos. Siempre andan mirando al suelo y el P. Juan de Porras<sup>16</sup>, que tiene a su cargo esta reducción, con su buena traza, los ha sacado del monte, y me dio noticia donde hay muchas otras familias, y le dejé orden que a su tiempo las vaya a recoger, porque es lástima que el demonio se apodere de una gente tan mansa y pacífica. Allí bauticé un muchacho y otra mujer que estarían bien dispuestos, se hizo el bautismo con solemnidad, vestidos de blanco y la muchacha adornada con cantería, los del Itapúa tocaron las chirimías, con que los otros de su nación quedaron muy contentos y envidiosos por no estar ellos dispuestos para poderse bautizar.

Desde allí bajé el río abajo hasta el Itapúa, aunque no llegué al pueblo, sino a otro puesto que esta de la otra parte del río, a quien puse por nombre el Puerto de Santa Cruz, así por haber llegado allí la víspera de la Cruz para pasar al Uruguay, como por memoria del

---

<sup>13</sup> Se refiere al poblado de Santa María del Yguasú, establecido por los mismos PP. Boroa y Royer.

<sup>14</sup> Pedro Romero fue un pilar fundamental en las reducciones. Nació en Sevilla en 1585 e ingresó a la provincia del Paraguay en 1607 con el P. Torres, fue superior de guaraníes entre 1631 y 1636, falleciendo mártir, junto al H. Mateo Fernández en el Itatín en 1645 (Storni, 2001, IV, 3.405). El provincial Francisco Lupercio de Zurbano escribió una "Relación de la muerte del P. Romero..." el 26 de enero de 1646 cuando dejó el provincialato (ARSI, Paraq. 11 Hist. Tomo 1, 1600-1695, f.311-314v). Esta relación la publica el P. Pastells (1915, 127-133). Su sucesor Juan Bautista Ferrufino no lo incluyó como obituario porque escribe que ya se había enviado aparte. Su biografía en las Décadas de Del Techo (1759, 249-275).

<sup>15</sup> Grupo pequeño y sumamente rudo que habitaban en las selvas ubicadas entre el Paraná y el Uruguay. Caaigua significa bosque y de ahí toman su nombre, Del Techo (2005, 483-485) se refiere a esta etnia con detalle, señalando al P. Pedro Álvarez como el primero que se acercó a ellos, aunque no pudo reducirlos.

<sup>16</sup> Juan de Porras nació en Manzanares, Ciudad Real, en España en 1596, ingresando a la Compañía de Jesús de la provincia de Toledo en 1619. Tres años después arribó a Buenos Aires, falleciendo en Encarnación en 1681 (Storni, 1980, 225-226).

santo padre Roque González de Santa Cruz, que fue el primero que allí aportó para hacer entrada en el Uruguay. Llegué a la reducción de la Concepción, que es la primera que se hizo en el Uruguay, adonde aun no faltan infieles que se van reduciendo. Aquí bauticé 37 infieles, los dos caciques principales, y se hicieron con la misma solemnidad que la de la Carai. Desde que llegué al Itapúa, viniendo de la Asunción, envié un recaudo a los indios del Caaró (que fueron los que mataron al P. Roque y su compañero), diciéndoles cómo yo iba visitando nuestros hijos, y que si querían entrar en este número también yo entraría en su tierra. Ellos recibieron con mucho contento el recaudo y le estimaron en mucho, porque habían mostrado arrepentimiento, y entrado y salido algunos a la Candelaria, y llevando al P. Pedro Romero a sus tierras, donde les levantó una cruz. Cuando llegué a este pueblo recibí la respuesta de que gustarían en verme en sus tierras, y que así me rogaban que, sin temor ni recelo, los fuese a ver. Desde aquí les envié a decir cómo me iba el río abajo del Uruguay a visitar la reducción de Yapeyú y que, de vuelta, sin falta, les iría a visitar. En este pueblo de la Concepción reside el valeroso don Nicolás Nenguirú, a quien todos los de este Uruguay temen y estiman, y a quien se debe la mayor parte de la quietud en que están todas estas reducciones, por el valor con que salió a vengar la muerte de los santos padres y oponerse al valor de tantos indios, como venían a matar a los demás padres que estaban en esta otras reducciones, yo se lo he agradecido con dádivas, y honrándole de palabra en presencia de los demás, con que quedó notablemente ganado. Se ofreció a ir conmigo a Yapeyú y demás reducciones hasta el Caaró. Yo acepté la oferta hasta el Caaró porque fuesen hablando a los indios de las nuevas reducciones, y llevé conmigo (228v) uno de los caciques que yo había bautizado, y al capitán Santiago Tabacambi<sup>17</sup>, que es principal cacique del Itapúa, y a quien reconoce todo el Paraná, que con ser viejo me ha querido acompañar en todos estos caminos con otra mucha gente que trajo de su pueblo. Fui caminando el río abajo, jornada y media antes de llegar al Yapeyú encontré ocho o diez indios que venían del Tape, y entre ellos un cacique que, aunque era de poca edad, tenía una gravedad y un ser aventajado a los demás. Les pregunté dónde iban y qué pretendían, y me respondieron que iban al Yapeyú a ver el modo que tenían los padres con los indios y si era tan bueno como se lo habían encarecido. Estos del Tape son una gente por donde entró antiguamente el P. Roque González por el río de Dicuti, donde dijo que había como 4.000 indios. Allí les levantó una cruz para comenzar una reducción, y viniendo a buscar los demás pertrechos, apenas había salido cuando la derribaron y vinieron en su seguimiento, y si le alcanzan le matan. Por esto procuré acariciar a estos indios, trayéndolos conmigo al Yapeyú; porque por este medio y por este indio confió en nuestro padre que les ha de entrar la luz del santo evangelio. Otro día después que llegamos al Yapeyú, me vino a visitar en nuestra casa con toda su gente. Yo le dije que me holgaba mucho verle en nuestro pueblo, para que viendo el buen ser de los demás indios (que este es su modo de hablar) dejase el suyo malo e hiciese lo que los demás padres le aconsejarían. Respondió con mucha gravedad y acciones de manos que a eso venía y que lo consideraría y vería despacio. Le di algunas cosas de las que llevaba y a una mujer que había consigo sartas de cortesía, grandes y pequeñas y otras cosas propias para ella. Se llama este cacique Aracai. Ahora he recibido una carta del P. Andrés de la Rúa<sup>18</sup>, que está en esta reducción del Yapeyú, en que me dice

---

<sup>17</sup> Tabacambi, Tabacá o Tubaca, cacique principal subordinado a Ñesú, pero que junto al P. Roque y el cacique Tarepá fundaron varias reducciones.

<sup>18</sup> El P. Andrés de la Rúa, al igual que el provincial, nació en Trujillo, Cáceres, ingresando a la provincia del Paraguay en 1614, sus últimos votos los profesó en Yapeyú en 1629, falleciendo en Santa Fe en 1657 (Storni, 1980, 252).

cómo el cacique Aracai se quiere quedar allí y que envía por lo que tenía en su tierra y la demás gente de su casa confió nuestro santo le han de seguir otros y reducirse a este pueblo.

Desde allí di la vuelta río arriba para la Concepción, y cuando llegué al puerto de los Ángeles, que está hacia la banda del Piratini, hallé al capitán don Nicolás y más de treinta indios, sus vasallos, que se quería ir conmigo acompañándome a las demás reducciones. Allí supe cómo los indios del Caaró me estaban esperando para recibirme con grande alegría, y no me la causó a mi pequeña en hallar allí unos indios infieles que enviaba el cacique Tucán, que está ocho o nueve leguas de allá el río arriba, pidiéndome encarecidamente fuese a su pueblo y le cumpliese a él y a todos, el deseo que tenían de tener padres en su tierra, pues ellos habían sido fieles en tiempo de la guerra sin tenerlos, no habiendo querido dar ayuda ni recoger su tierra al hechicero Ñesú, el lance era forzoso por muchas razones que no digo en esta a vuestro padre las cuales desde la Asunción vine consultando con los padres y todos fueron de parecer que era forzoso el concedérselo, porque quien puede padre mío, cerrar la puerta a la luz del evangelio, cuando nuestro santo la abre tan visiblemente o que otras señales o milagros se pueden esperar cuando tantos infieles claman por el sustento de sus almas y por el agua del santo bautismo. Yo les di la palabra que a la vuelta del Caaró iría a su tierra y que les dejaría padres con que fueron tan contentos, como si les hubiere dar la vida. Me partí luego para San Nicolás, y en el río de Piratini me esperaba el padre Joseph Ordoñez<sup>19</sup> con algunos caciques principales de su reducción. El uno de ellos se decía Bairobá, el cual me había estado esperando para que yo le bautizara y con saber que yo estaba tan cerca, pidió al padre Joseph pocos días antes le bautizase y preguntándole yo por qué no me había esperado, me respondió que tenía vergüenza de que no le halle cristiano. Dio prueba este cacique que recibía el santo bautismo de veras, pues teniendo tres mujeres, las dos últimas muy muchachas y como escogidas entre ochocientas, las dejó y el propio les buscó marido antes de bautizarse, bautizándose con la legítima. A la vuelta del Caaró donde fue conmigo la halló con un peligroso dolor de costado y antes que yo saliese le dieron la extremaunción y el que diez días antes se hallaba con tres mujeres, en muy breve tiempo se hallaría sin ninguna. Tuve nuevas como estaba en lo último y que el cacique lo llevaba con paciencia y estaba muy conforme con la voluntad de nuestro santo. Llegué al pueblo de San Nicolás, que es el último adonde llegó mi antecesor el P. Nicolás Durán. Le hallé con muy pocos indios (229) y ahora debe de tener cerca de 500 familias. Aquí me estaban esperando algunos bautismos y entre ellos los muy importantes, pero por pasar presto al Caaró, los remití por la vuelta, como también en la Candelaria que está ocho leguas adelante, contentándose con ver la gente y hablarla, repartiéndoles de lo que llevaba. Aquí me enseñaron por donde habían entrado los indios del Iyuy<sup>20</sup> a querer matar al P. Alonso de D´Aragona<sup>21</sup> y al P. Clavijo. Vi los montes

---

<sup>19</sup> El P. Ordoñez nació en Córdoba, España en 1597, ingresando a la provincia del Paraguay en 1617, su cuarto voto lo profesó en Concepción en 1629, falleciendo en Santiago del Estero en 1651 (Storni, 1980, 205-206).

<sup>20</sup> Iyuy era la denominación de un río que desemboca en el Uruguay donde en los bosques aledaños vivían unas quinientas familias con sus caciques, cuyo principal era Ñesú (Del Techo, 2005, 424).

<sup>21</sup> Alonso D´Aragona nació en Nápoles en 1585, ingresando a la Compañía de Jesús en 1602 y desembarcando en Buenos Aires en 1617. Su cuarto voto lo profesó en Concepción en 1621, falleciendo en Asunción en 1629 (Storni, 1980, 76). Lo incluye Del Techo en su historia, escribiendo su necrológica donde menciona que Alegambe lo compara con san Luis Gonzaga, además de relatar cuando el cacique Ñesú lo intentó matar junto al P. Francisco Clavijo (2005, 427 y 455), agregándolo en las biografías de sus Decades (1759, 210-213). También lo menciona el mismo Vázquez Trujillo en su única carta anua conocida donde dice que su vida la incluirá al final de ella, pero justamente es una de las partes perdidas de la misma anua (Leonhardt, 1929, 435). Gran

adonde los escondieron, que todo parece milagro, pues estando todo el pueblo lleno de enemigos, buscándoles y echando fuego sobre la iglesia y celdas, sin que las pudiesen quemar, llenos de rabia y furor porque no los podían hallar, casi a vista de ellos, los mudaron de un monte a otro, sin que los viesan. En la Candelaria me enseñaron el arroyo a donde salieron a hacer rostro a los enemigos el P. Pedro Romero cuando le venían a matar, y por su ánimo y determinación se detuvieron, que verdaderamente fue el acierto del buen suceso. Desde allí envié a avisar a los del Caaró, como estaba ya tan cercano, unas cinco leguas, y que otro día entraría en su pueblo. Iban conmigo, fuera de los capitanes Nienguiri<sup>22</sup> y Tambatay<sup>23</sup>, otros cuatro caciques de San Nicolás y de la Candelaria, con más de ciento veinte indios, que de su voluntad se ofrecieron a acompañarme. Yo no lo rehusé porque hablasen a los indios del Caaró y viesan la estima y amor que nos tenían. Media legua antes que llegase al Caaró, salieron trece caciques a recibirme, sin arcos ni flechas, trayendo los cabellos trenzados por detrás, (que los usan muy largos), que es señal de alegría. Todos llegaron a besarme la mano, y el principal, que se llama Guarobay<sup>24</sup>, el cual (según dicen) no se halló a la muerte de los padres, antes le pesó mucho, me hizo un breve razonamiento, diciendo que no entrase en su pueblo con pena, sino con alegría, porque ellos la tenían muy grande en verme en ella. Yo le respondí que desde que salí de tierras muy apartadas a visitar a nuestros hijos había deseado este día para alegrarme con ellos y con todo su pueblo, y que por ver mis deseos cumplidos estaba muy contento. Habían traído algunos indios, sin pedírselos, para que ayudasen a llevar la carga a los nuestros, y así iban caminando los unos y los otros con mucho contento, puestos en dos hileras, más de 150 indios; y el Padre Pedro Romero y el Hermano Gonzalo de Alcaraz, mi compañero, yo detrás de ellos, tocando los indios del Itapuá las chirimías en medio de las dos hileras, que parecía que íbamos triunfando de los demonios, que con tantas ansias habían procurado pocos días antes impedir la conversión de aquellas almas. Y bien se podría llamar triunfo, porque los llevábamos en medio ocho que capturaron de su pueblo en la guerra, no como cautivos, sino libres, porque yo los había ido rescatando de los indios que les habían capturado con muy buenas dádivas, entre los cuales iban dos caciques y un cuñado del principal capitán del Caaró. Esto agradecieron sobremanera, y más viéndoles también vestidos, porque a los que estaban desnudos les fui acomodando de camisetas. Mostraron muy bien el grande amor que me tenían y el arrepentimiento de lo pasado, en que tenían aderezados los malos pasos; y porque no rodease, habían abierto camino en un monte muy espeso de más de un cuarto de legua; no contentos con quitar los árboles y ramas, lo tenían todo barrido y no menos lo mostraron lo que vimos en el pueblo, y lo referiré: En llegando a vista de él con todos nuestros indios tocando las chirimías, descubrimos toda su gente, con mujeres y niños, que eran muchos, puestos también en dos hileras para recibirnos. Allí me comencé a enternecer, considerando las obras de Dios, que es solo poderoso para trocar tan presto corazones de leones en mansos corderos. En apeándonos, hicimos oración a la Santa Cruz, que les había levantado el P. Pedro Romero, y era el mismo palo que el P. Santo Roque González estaba labrando para poner la campana cuando le mataron, que tenía 52 pies de

---

conocedor de la lengua guaraní más que la castellana, de ahí que el P. Meliá publicó en 1980 una gramática suya.

<sup>22</sup> Diego Nienguiri cacique de Concepción que salió en defensa de los ataques a los PP. D'Aragona, Clavijo y Alfaro. También defendió San Nicolás del ataque de los bandeirantes.

<sup>23</sup> Fue prisionero luego del asesinato del P. Roque y luego liberado por su arrepentimiento.

<sup>24</sup> Cacique de Caaró cuyo suegro fue asesinado por los verdugos del P. Roque.

largo. Tenían cercados con grande reverencia los dos lugares donde habían muerto los santos padres y donde habían quemado sus santos cuerpos, teniéndolos en grande veneración y esto propio motu, sin habérselo dicho nadie. Habiendo hecho oración a la Santa Cruz y besándola, fuimos todos a hacer lo propio en los lugares dichos, con que quedaron los indios con más aprecio y estima suya. Luego, antes de entrar en la casa, me vinieron a dar la bienvenida los caciques, cada uno de por sí y cada cual según su afecto y mostraban bien les salía del corazón por el afecto con que las decían y uno en especial, que se decía Tambabé, refiriendo los bienes que les habían de (229v) venir para ellos y para sus hijos por mi venida. No puedo dejar de decir como aquí nos enternecimos mis compañeros y yo, considerando cómo habíamos cumplido lo que el santo padre Roque les dijo después de muerto, que había de volver presto a ellos, pues volvía en sus hermanos, y que él, sin duda, les había alcanzado de Dios aquella mudanza tan eficaz. Yo les respondí en breves palabras que me había holgado en extremo haber oído sus razonamientos y conocer caciques tan principales, que el otro día les hablaría más despacio, porque no entendiesen que me había de volver luego. Todos cuantos había en el pueblo se llegaron a besarme la mano, que aun dando las dos no acabé en un gran rato. Me llevaron a una casa que tenían hecho de propósito, sin que nadie se lo dijese, de 73 pies de largo y 23 de ancho y porque era de paja y no corriese riesgo, tenían hecho unas empleitas entretejidas de cañas, puestas alrededor de la casa, al fin, como casa hecha de propósito y con buena voluntad. Un indio de Itapuá se llegó a preguntar si me había de hacer guarda con arcos y flechas, pero yo le dije que no, porque estaba tan seguro como en su pueblo. Los caciques recibieron a los huéspedes en sus casas, festejándoles a su usanza, con llantos de viejas. Estuvimos todo aquel día oyendo y hablando en particular a los que venían a vernos, y los rescatados mostraron su agradecimiento con traerme cada uno de por sí toda su familia, con mujeres y niños (que es mucho para ellos) para que los conociese y agradeciese. A la mañana hice levantar dos cruces en los dos lugares donde martirizaron los dos padres y en el del santo padre Roque hice aderezar para decir misa, y acabada de decir, con la devoción que el Señor me comunicó, con la consideración que tenía que desde aquel lugar había volado al cielo aquella alma llena de tantos merecimientos y aun antes de desnudarme ni quitar la casulla, llegaron todos los caciques del pueblo con los que me habían ido acompañando, diciendo que me querían hablar. Yo les respondí que dijese lo que querían. Estando aun revestido y tomando la mano el principal cacique, habló, pidiéndome en nombre de todos los demás que, pues había entrado en su tierra con tanto amor a buscarle su bien, que les consolase con dejarles padres, que ellos los amarían y obedecerían con grandes veras, como gente que había experimentado su daño por no haber reconocido el bien que con ellos les había venido. Yo pregunté si era aquello el parecer de los demás, y cada uno respondió que Caruay (este era el cacique principal) hablaba en nombre de todos y que ellos pedían lo mismo, trayendo cada cual su particular razón. Yo les respondí que mi deseo era ese mismo, y que se le cumpliría, pero que no podía al presente, más que sería muy en breve, y les daría al P. Pedro Romero, a quien ellos pedían que fuesen juntando la gente de la comarca, aunque había ya en el pueblo 28 casas y más de 200 familias. Me hicieron instancia, les bautizase sus hijitos, para mayor seguridad de lo que les prometía, los cuales tenían ya a punto, trayéndome tres que había bautizado el santo padre Roque. Y así, antes de desnudarme, les bauticé 38 niños, siendo padrinos los caciques cristianos que había traído conmigo. Acabados los bautismos, hice juntar todo el pueblo, diciéndoles el fin de mi venida, que era de asegurarles del amor que les tenía y lo mucho bien que deseábamos de sus almas, como ministros de Dios; y aunque el demonio, por medio de Ñesú, lo había querido estorbar, no había de ser poderoso; porque puede más Dios y su palabra, como lo habían visto por experiencia, con otras cosas

que Dios me inspiró. Aquí tomo la mano Ninguiri y les hablo altísimamente, con muy grande elocuencia, según me dijo el P. Pedro Romero, rematando su razonamiento con exhortarles se redujesen los caciques de los montes e hiciesen su pueblo grande, pues sabían lo que les importaba y reconocían que los padres no pretendían sino su bien. Luego hablaron Tambatay y los caciques de San Nicolás y de la Candelaria, con no menos elocuencia que Nienguiri y Bairobá se encendió tanto en fervor, con ser recién bautizado, que fue menester hacerle señal para que acabase. Todo fue conveniente y los del Caaró respondieron muy agradecidos y que desde luego ponían en ejecución lo que se les había dicho y con esto les repartí de las cosas que llevaba. Me pidió licencia uno de los principales caciques para acompañarme, siquiera hasta el pueblo de la Concepción, la cual yo le concedí de muy buena gana porque oyese las palabras de estos buenos cristianos y viese el concurso con que acudían a la doctrina. Y así llegaron conmigo él y otros indios sus vasallos hasta la Concepción, donde se les hizo grande fiesta, y vieron el concurso de gente en la iglesia y oyeron un sermón que se les predicó. Y habiéndose visto las danzas con que me recibieron, se volvieron, habiéndoles dado algunas cosas que llevasen a su pueblo.

Otro día después que salí del Caaró, llegamos a la Candelaria, donde por ser tan nueva son casi todos infieles (230) con todo halle cincuenta adultos, y entre ellos cinco caciques que estaban ya dispuestos y catequizados para recibir el santo bautismo, y así los bauticé, con mucho consuelo mío. Di la vuelta al Piratini, donde hallé otros veintiocho adultos dispuestos para recibir el santo bautismo, y uno fue el cacique Cañaró, a quien reconoce toda la tierra hasta el mar, y el que tenía alborotado el pueblo dos años antes, cuando quiso entrar a visitar aquella reducción el P. Nicolás Durán; pero al presente está muy ganado y muy obediente a los padres. Estuvo aguardando para que yo le bautizase y dejó cinco mujeres. Entre estos bauticé otro cacique famoso, grande hechicero, que se decía Payeyú, de grande juicio y locuacidad, como lo suelen ser todos estos hechiceros. Quiso llamarse Francisco por mi devoción; pero para que vuestra paternidad vea la mudanza que Nuestro Señor hace en estos hechiceros, referiré lo que allí dijo. Acabados los exorcismos antes de entrar en la iglesia habló a todo el pueblo que estaba presente y les dijo, el malestar que hasta entonces había tenido y el engaño en que había estado, engañándolos a todos, de lo cual le pesaba en extremo y estaba muy avergonzado de toda la vida pasada, que no hay cosas semejantes porque él ya mudaba su vida y de allí adelante procuraría ser bueno, creyendo y obedeciendo a los padres. Se hizo el bautismo con mayor solemnidad que en otra parte. Aquí eché de ver de cuanta importancia es la venida de un provincial para estas reducciones, porque en el aprecio que tienen de la persona y oficio, no solo se juntan los del pueblo, sino que salen muchos de nuevo de los montes solo a oír sus palabras. Entre los demás que se recogieron y redujeron de nuevo a este pueblo, vino un viejo cacique que me trajo dos niños, hijos suyos muy bonitos con otros indios de su casa. El menor tenía cuatro años vino como una centella, le acaricié, le pregunté si quería ser cristiano y con una prescala rara me respondió en su lengua una palabra muy significativa (ti) que quiere decir guarda fuerza, esto no, y esto por dos y tres veces hasta que, oyendo a su hermanito mayor, que quería ser cristiano, dijo él también que sí, diles cuentas y alfileres, con que se irán quedando en el pueblo con otros muchos infieles, y los más de esta reducción lo son, porque es nueva y se van disponiendo para el santo bautismo.

Llegando a atravesar el río del Uruay<sup>25</sup>, para pasar al Tucán<sup>26</sup> y fundar aquella reducción, como les había prometido, hallé dos indios que habían venido del río arriba seis leguas adelante del Tucán, enviados de un cacique famoso llamado Quirabí, y de otros doce, pidiendo encarecidamente me llegase a su tierra, porque toda su gente, que era mucha, me deseaban ver en ella y que les llevase padres, porque querían ser cristianos. Yo les dije que se fuesen conmigo hasta el Tucán, que allí les daría la respuesta. Pero el P. Diego de Alfaro<sup>27</sup> se la había dado antes que yo llegase al Piratini, desengañándoles que en ninguna manera podría subir, ni aun darles al presente padres, y los mensajeros, oyendo esta respuesta, despacharon un indio a dar este aviso a sus caciques, para que ellos en persona se fuesen a ver conmigo. Salí luego para el Tucán, y media legua antes de llegar al pueblo, salió el viejo cacique Tucán, con otros diez caciques, a darme la bienvenida. Tenían abiertos los montes y aderezados los pantanos y caminos como en el Caaró. En llegando al pueblo vimos los indios en dos hileras, que serían cerca de cuatrocientos, sin las mujeres y chusma. Me recibieron con grandes gritos en señal de alegría, tocando los calabazos y bocinas, que son las músicas de sus mayores fiestas. Todos nos holgamos en extremo de ver una gente tan buena, que sin haber visto padres mostraban tanto amor y sujeción, con tanto contento que se les echaba de ver en el rostro; pero mayor le teníamos mis compañeros y yo en ver una multitud de infieles, todos tan bien dispuestos, que comenzaban a tener conocimiento de Cristo Nuestro Redentor. A la tarde vino el cacique Tucán, con los demás caciques y gente del pueblo, y me agradeció con muchas y encarecidas palabras el haber entrado en su pueblo para dejarles padre que les enseñase el camino de la verdad, que era lo que tanto habían deseado. Yo les signifiqué el deseo que había tenido siempre de acudir a su consuelo y buenos deseos, y así les traía un padre que los enseñase lo que debían hacer para su salvación, creyendo en Jesucristo Nuestro Señor y verdadero Dios, y que una de las razones que me había movido a darles padre era la fidelidad que habían mostrado en las revueltas pasadas, no queriendo seguir a Ñesú cuando los llamaba contra los padres, sino que antes se hicieron de nuestra (230v) parte y que me aseguraban de que lo harían mejor experimentando el buen trato de los padres, y habiéndoles dado conocimiento de lo que habían de hacer y creer, hice levantar una cruz de 52 pies de alto y uno de ancho, que tenían ya preparada y labrada, la cual levantaban todos con mucho gusto y alegría y grande facilidad, porque eran más de trescientos indios a levantarla, todos infieles. Acabado de enarbolar el real estandarte de Nuestro Redentor, hice juntar la gente que faltaba del pueblo, y por medio del P. Pedro Romero les declaré el misterio de la Santa Cruz como en ella se había obrado nuestra redención, las maravillas que Dios había obrado por ella, el mucho que le temían los demonios y que entendiesen que desde aquel punto que se acabó de desbaratar salía el demonio de sus tierras, por el verdadero Dios los tomaba debajo de su amparo y que siempre le habían de hacer reverencia cuando pasasen junto a ella.

---

<sup>25</sup> Vázquez Trujillo lo llama indistintamente Uruguay o Uruay, este último es el nombre primitivo como se lo llamó después de la expedición de Gaboto, recién a fines del siglo XVII se generalizó Uruguay.

<sup>26</sup> Los seguidores de Tucán habitaban la zona del arroyo Lorenzo o Tabatín. Después de ser instruidos por el P. Ordóñez se formó el poblado del cacique Tucán bajo la advocación de San Ignacio Javier.

<sup>27</sup> Diego de Alfaro nació en Panamá en 1596, ingresando a la provincia de Castilla en 1614 y arribando a Buenos Aires en 1617. Profesó su cuarto voto en Asunción en 1632, fue superior de guaraníes entre 1637-1639 y murió mártir en Caazapá guazú en 1639 de manos de los bandeirantes (Storni, 1980, 6). Era el hijo del oidor y pasó a las reducciones de guaraníes después de estudiar teología en 1626. Fue además rector del colegio de Asunción y comisario del Santo Oficio de la misma ciudad. Lo incluye Del Techo en sus Decadas (1759, 318-320), pero también en su historia (2005, 635-638).

Todos nos hincamos de rodillas y dijimos el himno *Vexilla Regis prodeunt*<sup>28</sup> y una oración, y luego la fuimos besando y adorando uno a uno; y lo mismo hicieron aquella multitud de infieles que allí había. Se vio luego el fruto de la Santa Cruz, porque inmediatamente se llegó a mí el capitán Tucanducú<sup>29</sup>, pidiéndome licencia para que le hiciese cristiano. Yo le dije que había de aprender primero las cosas de nuestra santa fe, y que así el P. Joseph Ordoñez, a quien dejaba en su lugar, le dejaba encargado lo hiciese con brevedad. Me pidió que le bautizase a sus hijos se lo concedí. Escogieron veinte niños de los principales caciques, los trajeron sus madres al momento al pie de la Cruz, donde se puso una pila, y yo salí de la casa que nos tenían hecha, revestido con mi sobrepelliz y estola, acompañado de dos padres y dos hermanos que allí estaban y con los caciques que me habían acompañado, que no parecía sino un acompañamiento de un sumo pontifical. Al primer niño puse por nombre Francisco a devoción de nuestro P. Francisco Javier, cuyo nombre puse a la reducción.

El cacique Quirabí y los demás del río arriba que me habían enviado sus mensajeros, sabiendo que yo no podía subir a sus tierras, se determinaron de venirme a ver en Tucán; y así, otro día después que yo llegué, llegaron diez caciques, con más de 130 indios y nueve mujeres, a verme y pedirme padres. Al momento que llegaron, me fueron a ver a nuestra casa, yo se lo agradecí y signifiqué el consuelo que tenía en verlos; pero que a la tarde les hablaría de propósito. Se juntaron a la tarde, concurriendo los indios de Tucán, y tomando la mano al cacique Quirabí, me dijo que el haber venido de sus tierras en tiempo tan trabajoso (porque hacía muy mal tiempo de vientos y agua) por aquellos Itúes y malos pasos del río, era por verme y obligarme para que les diese padres que fuesen con ellos a sus tierras, donde estaba mucha gente esperándome para hacerse cristianos. Yo le respondí que diesen gracias a Nuestro Señor porque les comenzaba a dar luz de la verdad para que dejaran los engaños de los hechiceros y de los demonios, porque aquello les llevaba al infierno y estorbo al cielo, y en lo que era en darles padres, no lo podía hacer al presente, pues a los del Caaró, que me los habían pedido antes, no se los dejaba; pero que los aseguraba que lo más presto que pudiese se los enviaría, que fuesen juntando toda la gente, aunque me dicen que está junta (231) mucha más que en el Tucán, y confió en Nuestro Señor que se ha de hacer allí una grandísima reducción. Aquí les habló Ninguirú, y los demás caciques que iban conmigo, con las veras y elocuencia que en las demás partes; que para los infieles es grande verbo, y más las palabras de Ningurú, a quien estiman sobremanera todos los indios del Uruai. Se hallaron presentes los indios del río arriba al levantar la cruz y a la adoración y bautismos, de que me consolé mucho. Les había hecho traer hasta una docena de vaquillas para matarles alguna carne; cosa que estiman sobremanera, y era muy para ver el espanto y admiración que tenían de verlas, y aun estando encerradas no se atrevían de llegar al corral y cuando las sacaban o traían a encerrar se subían sobre las casas, así por el temor como por verlas a su gusto y no era menor el espanto que tenían de ver los caballos, y lo mismo pasó en el Caaró; pues en solo oír relinchar el caballo en que iba, se escondían las muchachas, espantadas de ver cosa que nunca habían visto; tan apartado como esto han estado en el trato con los españoles; pero todo lo

<sup>28</sup> Es un himno latino del poeta san Venancio Fortunato (c.530-c.600/609 d.C.), donde se exalta a la Santa Cruz como bandera con la que Cristo venció a Satanás, al pecado y al mundo. Se canta durante el tiempo de la Pasión y en la fiesta de exaltación de la Santa Cruz.

<sup>29</sup> O Tuca que vivía a siete millas de Ybytyracuá, en el sitio en que el río Tabatí desemboca en el Uruguay, donde el P. Boroa trazó una reducción. El P. Boroa se fue y al llegar el provincial ya estaban instaladas cuatrocientas familias, erigiendo una cruz y bautizando a niños, dedicando el pueblo a San Francisco Javier, dejando encargado al P. José Ordoñez (Del Techo, 2005, 461-462).

penetra la luz del Evangelio. Aunque había ido por tierra a Tucán, por un camino nuevo que habían abierto los indios, bien dificultoso por los pantanos, arroyos y montes, deliberé bajar por el río Uruai en una balsa. Aquí nos vimos en grandísimo riesgo en el segundo de tres Itúes que hay en poco más de una legua. Este atraviesa todo el río, sin poderle desechar, y las piedras en que revienta el agua deben de ser grandísimas, porque los borbollones de agua que levantaban ponían pavor a los mismos indios. En llegando aquí se apercebieron, animándose unos a otros para que estuviesen alerta; y así, sin bogar, fueron encaminando las canoas por donde parecía menos peligroso, llenándonos el raudal del río con más prisa de la que quisiéramos; pero un punto nos vimos en medio del peligro, con dos paredes de aguas por los lados y las canoas casi empinadas, como arrojándose por el salto del agua, pero el esfuerzo de los indios y la grande corriente del agua nos arrojó presto muy lejos. Confesaron los indios haber sido grandísimo el riesgo, pero de este y otros peligros semejantes nos ha librado Dios por su infinita misericordia.

Con esto ha dado fin a la relación de mi viaje que he hecho para dar cuenta a vuestra paternidad, más por extenso y por alivio de algunos días que he estado en esta reducción esperando a los padres que tengo convocados para tratar algunas cosas para el bien de estas reducciones, resultado de lo que he visto en esta visita, pero la principal causa ha sido para que viendo vuestra paternidad la necesidad tan grande de obreros para tanta mies como Nuestro Señor nos envía, nos socorra con muchos fervorosos y celosos del bien de tajalonas y ahora que esta mies está regada con la sangre de tres santos mártires<sup>30</sup>, espero en la divina bondad que ha de ser cosecha más copiosa y que han de crecer los fervores en los ministros del Evangelio y que no habrá quien diga que entramos con demasiada pieza, ni tampoco les espantarán los peligros, pues en la China y Japón y en otras partes entran nuestros padres y predicadores del Evangelio con evidentes peligros de la vida y no por eso vuelven atrás pues es cierto que con eso ha crecido nuestra santa fe, regándose con sangre de mártires y ojalá yo tuviera al presente muchos obreros que yo esté cierto que me agradeciera vuestra paternidad el socorro que diera a esta gente tan necesitada y concluyo con rogar a vuestra paternidad ayude a esta copiosa mies con sus santos sacrificios, echando su paternal bendición a toda esta su mínima provincia (231v) que con ella espero que crecerá el espíritu y celo en todos los hijos que vuestra paternidad en ella tiene.

Del Itapuá, 30 de Octubre de 1629  
[firma] Francisco Vázquez Trujillo

## Referencias bibliográficas

Baptista SJ, J. y Storni SJ, H. (2001). "Vázquez Trujillo, Francisco. Misionero, superior". En: O'Neill SI, C. y Domínguez SI, J. M. (Directores). *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático*. T. IV. Roma y Madrid: Institutum Historicum S. I. y Universidad Pontificia de Comillas.

---

<sup>30</sup> Lo cierto que a la fecha habían muerto mártires los PP. Martín Alonso Aranda Valdivia y Horacio Vecchi y el H. Diego de Montalbán (1612). Pero se refiere a los mártires de esta región Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo (1628).

- Del Techo SI, N. (1759). *Decades virorum illustrium Paraquariae Societatis Iesu*. Tirnavia: Academicis Societatis Jesu.
- (2005) [1673]. *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*. Asunción: Centro de Estudios Paraguayos “Antonio Guasp”.
- Furlong SI, G. (1953). *José Cardiel SJ y su Carta-relación (1747)*. Buenos Aires: Librería del Plata.
- Leonhardt SI, C. (1927). *Documentos para La Historia Argentina. XIX, Iglesia, Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- (1929). *Documentos para La Historia Argentina. XX, Iglesia, Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- Page, C. A. (2018). “La relación de las misiones del Paraguay del P. Marciel de Lorenzana (1621)”. *IHS. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, Vol. 6 n° 1, 128-157.
- (2023). “Recepciones en los poblados guaraní tutelados por jesuitas: La cultura barroca en prácticas rituales y efímeras”. *Montalbán*, n° 61.
- Pastells SJ, P. (1915). *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias*, Tomo II. Madrid: Librería general de Victoriano Suárez.
- Salinas, M. L. et. al. (2008). *Cartas Anuas de la provincia jesuítica del Paraguay 1650-1652 y 1652-1654*. Resistencia: Instituto de Investigaciones Geohistóricas IIGHI-CONICET.
- Storni SJ, H. (1980). *Catálogo de los jesuitas de la Provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*. Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu.
- (2001). “Romero, Pedro. Misionero, víctima de la violencia”. O’Neill SI, C. y Domínguez SI, J. M. (Directores). *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático*. T. IV. Roma y Madrid: Institutum Historicum S. I. y Universidad Pontificia de Comillas, 3.405.
- Torres Saldamando SJ, E. (1882). *Los antiguos jesuitas del Perú. Biografías*. Lima: Imprenta Liberal.
- Vázquez Trujillo SI, F. [1631] (1892). “Información fechada por el P. Francisco Vázquez Trujillo, Provincial de la Compañía de Jesús, sobre la destrucción y daños que los portugueses de San Pablo han fecho en seis Reducciones de las que la Compañía tiene por orden de S. M. en sus provincias del Guayra. 1631”. *Colección de documentos inéditos para la historia de España por el marqués de la Fuensanta del Valle*. Tomo CIV. Madrid: Imprenta de José Perales y Martínez, pp. 307-343.